

Á eso de las cuatro de la tarde, Roger hablaba amistosamente con la baronesa de Sauvelys, en el fumadero de la Villa Crisantema. La pequeña habitación, coquetonamente tapizada de seda color reseda, decorada con magníficos muebles de madera tallada, con amplios y cómodos sillones y un largo sofá, sobre el cual podía uno fantasear libremente mirando el mar, exhalaba un intenso olor de Chipre y de cigarrillos rusos. Hacía calor, las ventanas estaban abiertas y la brisa del océano, caldeada por los rayos abrasadores del sol, traía los ruidos alegres del camino de Hennequeville, por el cual corrían entonces multitud de coches de paseo haciendo vibrar sus sonoras campanillas.

El marqués, vestido con un traje de muletón blanco, tendido sobre el respaldo de su sillón y con las piernas cruzadas, fumaba lentamente, con la vista perdida en el cielo, escuchando sin responder á la señora de Sauvelys. Ésta, ataviada con un elegante traje de visita, el sombrero puesto y la sombrilla

sobre las rodillas, hablaba con animación inclinándose hacia el joven :

— Le aseguro á usted, Roger, que hace mal en insistir. Aventura usted una jugada muy peligrosa. Hasta ahora ha tenido usted que habérselas con mujercitas infelices, sin energía y sin malicias. Esta vez lucha usted con la pasión, y una pasión madura, la que más se enfurece y exaspera. ¿Sabe usted el efecto que me hace usted bromeando con la duquesa? Pues el de un hombre de mundo que entrase, por presumir, en la jaula de la vieja Fatouma, la leona de Pezón. Usted no escapará vivo, amigo mío. Esta es, indudablemente, la aventura más terrible en que se ha usted visto enzarzado. Usted no conoce á Elisa : es capaz de cometer las mayores locuras por el hombre amado, y las mayores crueldades con el amante que la traicionase. Que yo sepa, el único que la burló es Belessart, á quien adoraba como á usted ; gran jugador y hombre simpático á carta cabal... Pues ha llegado en su venganza hasta la infamia ; persiguió al pobre muchacho con una tenacidad sin ejemplo, y tuvo que expatriarse, para librarse de ella ; después sentó plaza en el Tonkín y murió luchando heroicamente contra los Pabellones Negros. Para que usted comprenda, Elisa es la inconstancia misma, ó por mejor decir, es la pasión. Es incapaz de razonar ; no ve nada, no oye á nadie ; no tiene ojos y oídos más que para su amante. Pero

si el amante la traiciona, si tiene motivos para quearse de él, si llega á odiarle, más le valiera, como dijo el poeta, encontrarse una loba en medio de un bosque... ¿Me oye usted, Roger?

Y le tocó ligeramente en la espalda con la punta de su sombrilla.

Él pareció salir de un sueño; miró á la joven, suspiró y repuso con voz cansada.

— Sí, baronesa.

— Parece que está usted durmiendo.

— Estoy bebiendo sus palabras.

— ¿Soporíferas, por la muestra?

— No muy alegres, por lo menos.

— ¿No quiere usted que le hable de esto?

— No, si eso la divierte...

— Sólo lo hago por su bien.

— ¡Es usted muy amable!

— Roger, ¡qué estúpido está usted esta tarde!

— Un poco adormilado, nada más.

— ¿Vuestro almuerzo en casa de la duquesa, tal vez?

— No, mi noche en el Círculo... ¡Muchas cosas!

— ¿Y empieza usted de nuevo esta noche?

— Ya lo creo. He empezado á arruinar á lord Elphistón y hay que seguir.... Se continuará en el próximo número.... No dejemos declinar el interés....

— Usted es un loco, Roger.

— No, sólo tengo necesidades, grandes necesidades.

— ¿El señor de San-Vicente no le da á usted cuanto pide?

— ¿Mi tío?

Roger se echó á reír silenciosamente, enseñando sus blancos y agudos dientes de lobezno á propósito para enloquecer mujeres y devorar millones.

— ¿No es rico?

— Sí, sí, sí. Tiene cien mil francos de renta. Yo gasto cuatro veces más... y no los tengo. Necesito, por tanto, buscarlos....

— ¿Y por eso juega usted? Con mucha suerte, es cierto. Pero, ¿si la fortuna cambiase?

Roger, inmóvil y frío, contestó:

— No cambia.

La señora Sauvelys le miró preocupada:

— ¿Sabe usted, Roger, lo que empiezan á murmurar por ahí?

— No; si quiere usted decírmelo....

— ¡Pues, sí! Dicen que gana usted con demasiada frecuencia; ó para emplear vuestras palabras: que la racha no cambia como debiera. Y eso lo encuentran algunos extraordinario.

El joven tuvo un gesto iracundo, pero repuso con la misma impasibilidad:

— Eso, que me lo vengan á contar; ya sabré yo lo que decir.

— ¡ Oh, no vendrán ! Pero, entretanto, hablan. Tenga usted cuidado, Roger ; ya sabe usted lo mucho que le quiero. Del gran amor que le he profesado, á pesar de la dureza de vuestro carácter y de la sequedad de vuestro corazón, siempre he sentido una singular debilidad por vuestras locuras. En mi tiena usted una amiga, la única, tal vez. Tenga usted en cuenta mis consejos y reprímase, si es que aún es tiempo.

— No, ya es tarde. Mi existencia camina encarrilada por circunstancias que no puedo cambiar.

— Pero, ¿ qué va usted á hacer con Elisa ?

Roger se levantó lentamente, aproximóse á la ventana, miró el espacio aspirando la brisa tibia que venía de la playa, y dijo tranquilamente volviéndose hacia la joven :

— ¿ Yo ?... Casarme con ella.

La baronesa no esperaba aquella contestación y su semblante tuvo un gesto de reproche.

— ¿ Con esa mujer de cuarenta y seis años ?

— Que representa treinta.

— Pero que, con todo, es vieja.

— La edad está en el corazón.

— Eso es lo que los viejos calaveras dicen á las muchachas. Pero eso, Roger, ¿ ya lo ha convenido usted con ella ?

— Del todo, no. Aun no hemos hablado de ese

asunto. Pero yo he reflexionado, y es el único medio de no separarme de ella.

— ¿ Usted la ama, entonces ?

— ¿ Yo ? Usted bromea, querida.

Esto lo dijo con una elegancia desdeñosa y feroz que calofrió á la señora Sauvelys. No obstante, ella conocía bastante bien al joven rey de la moda para no creer en su candor, en su delicadeza ni en su moderación ; y sabía que estaba dispuesto á todo por satisfacer sus apetitos, y pronto como todos los de su generación, cuyo egoísmo y desamor encarnaba, á caminar sobre la humanidad con tal de llegar á su objeto. Roger añadió sonriendo :

— ¡ Qué preguntas me dirige usted ! Ya sabe usted que yo no quiero á la mujer. Si yo fuese capaz de amar, usted sería la que hubiese realizado el prodigio. Pero usted ha visto que he sido indiferente para sus bondades é ingrato para sus ternuras, y no puede tener ilusiones acerca de mí. Yo soy un ambicioso, nada más que un ambicioso, y de la peor especie ; porque no es la gloria lo que me apasiona, sino el dinero, el vil y miserable dinero, tirano inmundo, pero tirano, á pesar de todo, de los hombres, que se arrojan de bruces en el lodo por recogerlo, y que lo divinizan y adoran en aquellos que lo poseen.

— ¿ Qué satisfacción experimenta usted rebajándose y denigrándose á mis ojos ? — preguntó la señora Sauvelys suspirando tristemente. — Todo eso

que me dice usted ya lo sé, pero procuro olvidarlo lo mejor posible, para tener el derecho de quererle á usted aún. No me explico esta debilidad que siento por usted. A despecho de todas sus traiciones le conservo cariño, no tengo celos de las demás mujeres y sólo me preocupa lo mucho que usted se arriesga, por continuar su mala vida.

El empezó á bromear para aminorar la triste severidad de las palabras de su amiga :

— Me recuerda usted el ángel bueno de los viejos romances, aquel que acude á favorecer á sus protegidos con sus consejos, en esa hora solemne en que las queridas muertas del Don Juan le gritan : « Arrepíentete ». Hasta presumo, querida mía, que tiene usted alas en la espalda, bajo los vestidos. De ellas se valdrá usted para huirme cuando me estén tostando en las hogueras infernales, y para volverse al cielo, su patria ideal.

— Roger, usted debe creerme. ¿ No tiene usted confianza en mí ?

— ¡ Buena pregunta ! ¿ No le he explicado á usted mis proyectos ? Si yo obedeciese al señor de San-Vicente, no sería tan explícito.

— Él sabe perfectamente que yo no le traiciono á usted.

— No lo cree tan bien como usted piensa ; por el contrario, dice que usted es capaz de favorecer á Juan Hiénard en contra mía.

— Y me vería muy comprometida si me forzasen á escoger entre Juan Hiénard y usted. El hijo de la duquesa es mi amigo de la infancia, y es un muchacho muy noble.

— ¡ Caramba ! No habla usted de ese modo cuando se trata de mí. ¿ Tendrá mi tío razón, y deberé guardarme de usted si el joven escultor entra en liza ?

— Ya sabe usted que mi papel se limitará á meter paz, si puedo.

— ¿ Si puede ? ¡ Oh, oh !... Eso es muy difícil. Creo al hijo capaz de oponerse á las esperanzas de la madre.

— Roger, el matrimonio lo va á enredar todo. Hiénard no consentirá nunca.

— Nos pasaremos sin su consentimiento. Las madres no deben obediencia á sus hijos y no tienen que notificarles respetuosamente lo que piensan hacer.

— ¡ Roger, ese matrimonio lo echará todo á perder !

— ¡ Y también, querida, lo salvará todo ! Ahí tiene usted una duquesa que será muy desgraciada cambiándose en marquesa, y un hijo desesperado porque su madre dejará de consumirse neciamente guardando el nombre de su padre. ¡ Diantre ! Él puede llevarlo de nuevo y el título también, puesto que aseguran que dejó de llamarse duqué de Diernstein por el disgusto que le inspiraban las travesuras cometidas por su querida madre bajo este nombre tudesco y poco armonioso.

— Roger, tenga usted cuidado, camina usted hacia su perdición.

El joven se detuvo delante de la baronesa, la miró fríamente y dijo con acento áspero:

— De todos modos voy á mi perdición. Toda la dificultad estriba en saber si me estrellaré contra el obstáculo ó si podré evitarlo. Estoy harto de hacer equilibrios sobre los innumerables abismos y precipicios que llenan el camino de mi vida actual. Debo asegurar mi porvenir con algo sólido y definitivo. Creo haberlo encontrado en nuestra bella Elisa, y será preciso matarme, ¿entiende usted, querida mía? para hacerme desistir de la empresa. Me juego el todo. Hago pároli, lo arriesgo todo de una vez, al juego del destino. Demasiado sé lo que aventuro, pero nada temo. El hombre que me corte el camino no se ha presentado aún. Y, si se presenta, ¡pobre de él! Ya verán que tengo buenos amigos. Y el más fuerte de esos amigos, soy yo mismo.

— El más peligroso, también.

— Usted lo ha dicho.

— Para los demás y para usted mismo.

— Sobre todo, para los demás.

— Yo le he dado consejos; sígalos usted si tiene juicio.

— Yo no soy juicioso.

— Eso es lo que temo.

La señora Sauvelys se había levantado.

— Le dejo á usted. ¿Le veremos á usted esta noche en la representación de las « Mujeres del mundo », en el Casino?

— ¿Qué pregunta me hace usted? ¿Puede, acaso, representarse sin mí?

— Adiós, pues.

Y le alargó la mano. Él la atrajo hacia sí y con mucha dulzura, con un gracejo que la hizo estremecer evocando en su memoria un recuerdo de amor, la besó en la frente.

Ella se separó sin hablar, abrió la puerta que daba sobre un gran vestíbulo rodeado de flores, y después de lanzarle una última mirada, bajó al jardín. Roger volvió al fumadero y en el mismo sitio que acababa de dejar la baronesa encontró sentado á horcajadas sobre una silla, un hombre de aspecto siniestro, que era el señor Rascol, el amigo de la señora Mascart.

— ¡Diablos! No sé si aún te quedarán pelos en las mejillas; — exclamó alegremente el recién llegado; — pero, ¡vaya un jabón!

— Ya lo ve usted.

— Sí, hijo mío. Esa Sauvelys tiene buen corazón, pero desconfía. No me sorprendería que se declarase en favor de Hiénard; y de eso, á defender la fortuna de la vieja, no hay más que un paso. Por tanto, abre el ojo bueno, que el dote de la novia lo merece.

— La baronesa no me traicionará nunca.

— ¡Hermosa confianza! Las mujeres traicionan

siempre, sin quererlo, sin saberlo. Son traidoras por temperamento. ¡ El hombre que cree en las mujeres está perdido !

Roger frunció el entrecejo y repuso con aspereza :

— Si quisiera usted guardarse sus argumentos, se lo agradecería. ¿ Qué pretende usted demostrarme con todo eso ? ¿ Va usted á echárselas de personaje á lo Balzac ? Crea usted que no soy tonto, como el pequeño Rubempré, y que usted no se parece al canalla maravilloso de Vautrin. Por lo pronto, ahorre-me usted sus consejos y aguarde mis órdenes.

— ¡ Ah, ah ! estamos de mal humor, y la culpa la tiene el estreno de ese buenazo de San-Vicente. Pues, hijo mío, desabotónate si en ello encuentras alivio, eso me tiene completamente sin cuidado. Ya sabes que te obedezco y, sobre todo, que hago obedecer á los otros. Esto es lo importante. ¿ Qué te han hecho esta mañana ?

— ¡ Oh ! la duquesa no me deja vivir...

— Considera que tiene ciento dieciocho mil francos de renta, y que merece paciencia y miramientos. ¿ Has pensado en las satisfacciones que puede proporcionarse, con la fortuna de esa buena amiga, un hombre amante del lujo y de los refinamientos de la vida ?

— Es preciso que piense para soportarla. Pero hablemos de nuestros negocios.

— He venido para explicártelos.

— ¿ Qué es esa reclamación de Rasleigh que recibí anoche ?

— ¡ Ah, mira ! Le parece que el tanto por ciento cobrado á los corresponsales ingleses que venden los títulos nominales robados, es insuficiente. Ya me había indicado algo acerca de esta pretensión. Esos pillos desearían percibir la mitad de las ganancias... Y es mucho. Yo se lo he explicado ; pero, ya sabes, los ingleses son extraordinarios y no cuentan más que sus penas ; de las nuestras no se ocupan. Cuando estuve en Londres, últimamente, con los seiscientos mil francos de las acciones de la Sociedad Agrícola en mi maleta, pudieron echarme el guante... ¿ Pero eso, qué les importa á ellos ? Están bien, sentados tranquilamente en sus habitaciones junto al fuego, en su insoportable ciudad, tragando hollín por boca y narices : gracias á su legislación, que parece hecha adrede para proteger á los granujas, pueden mangonear los títulos á su antojo, y cuando se les refieren los peligros que ha corrido uno para adquirírselos, no quieren saber nada, no entienden nuestra lengua y, mi palabra ; creo que hasta se olvidan de la suya.

— En ese caso, hay que mandarles á paseo y no darles nada más. Ya estoy harto, también, de esos negocios sucios en que podemos vernos comprometidos. Es un residuo de nuestras antiguas operaciones

con el que es preciso concluir. Es el juego viejo, y hay otros mejores por explotar.

— Será un juego todo lo viejo que quieras, pero bonito y lucrativo. El negocio del hotel del conde de Reynie, con Claveau como subdelegado de policía, era una operación de primer orden. El robo de las alhajas de la pobrecita Nina de Coutances, por Bérulin, tampoco era saco de paja. Tú no comprendes más que las operaciones del juego. Pero los golpes bien dados, siempre son buenos.

— Todo eso es romanticismo; la tradición de Mandrin y de Cartouche; material idóneo para los folletines de los barrios. Eso es común, vulgar; recuerda elabismo, el lodo del arroyo, la puñalada. ¡Me infunde horror!

— Creo que si tuvieras que suprimir á alguno no te pesaría que yo conservase bajo mis órdenes al antiguo personal.

— ¿Suprimir á alguno?

— ¡Oh!... me parece que el señor Hiénard es de los que te estorban en tus grandes cábalas.

Hubo un momento de silencio. La cabeza terrible de Rascol ensayaba una sonrisa. Roger permanecía grave y pensativo. Entre aquellos dos hombres mediaban secretos terribles, sobre los cuales y en pocas frases, Rascol acababa de lanzar algunas alusiones terroríficas. Desde el día en que, al salir de la casa de la señora Mascart, consolidaron su alianza, con

el primer delito, ¡cuántos crímenes habían cometido protegidos por transformaciones hábiles y por coacciones incontestables! ¿Qué partida de siniestros malhechores conducían al asalto de la sociedad? ¿No estaban complicados en la mayor parte de los crímenes que se cometían y cuyos autores quedaban ignorados? Todo podía esperarse de la audacia fría de Rascol y de la ambición sin escrúpulos de Roger. Si uno era más brutal, el otro era más hábil, más sutil. ¿Pero, cuál de los dos sería más peligroso?

— ¿Supongo que no habrá venido usted únicamente para contarme pataratas? — repuso el marqués encendiendo un cigarrillo.

Rascol sacó su pipa, una magnífica espuma de mar artísticamente culotada, la llenó de tabaco y empezó á fumar antes de responder. Toda la diferencia entre las dos escuelas á que pertenecían aquellos dos hombres, la gradación social que mediaba entre ellos, consistía en la pequeña diferencia de que Rascol tuteaba groseramente á Roger, mientras éste trató siempre de « usted » á su cómplice: y, diciéndole « usted », le mantenía más alejado, que si le hubiese recibido sentado y dejándole de pie, como á un criado.

— Tengo que darte cuenta de las operaciones corrientes, — dijo Rascol lanzando una enorme bocanada de humo. — El caballo que enviaste á las carreras de Ascott estuvo habilísimamente dirigido

por Lemlett; los *bookmakers* han pagado dos mil libras. Este es un negocijo pequeño; pero allá va otro mejor; en Spá, el obeso Rotterdam les ha ganado doscientos diez mil francos á los puntos del Círculo. Se le espera en Dinan. Creo que eso va caldeándose. Ha enviado cincuenta por ciento, que hacían falta. Veilleur está en Viena, en donde Mirevault le ha presentado como barón de la Etourgette. Y aún hay más; se le recibe y está dispuesto á trabajar. Entretanto y para distraerse, mantiene relaciones íntimas con la señora Golscheider, la mujer del banquero antiguo familiar de Bismark. ¡Eh, ahí tienes, el enemigo hereditario! La simpática Georgina Dulac se ha comprometido á introducir á uno de nuestros hombres, diciendo que es su amante, en una sociedad de viejas que se reúnen en Neuilly á jugar al *rams*. El prestamista de la calle Lapeletier nos advierte que tiene, en casa de uno de sus parroquianos, calle Ecuries-d'Artois, en una casa de fácil acceso, un depósito de siete cuadros de la escuela inglesa del siglo dieciocho, de muchísimo mérito. Para estos encontraríamos en seguida quién se los llevase á América, y al mismo tiempo podríamos vender el Rembrandt y el Millet que nos quedan.

Rascol calló. Roger le había escuchado afectando un semblante impenetrable. Después, malhumorado, tiró el cigarrillo y repuso secamente:

— Todo eso es idiota, y usted me hará el favor de impedir que continúen esos gastos. No quiero apuestas de caballos, ni jugaditas de mujeres, ni sustracciones de objetos artísticos, ni chalaneos de objetos robados. Deje usted á Rotterdam y á Veilleur en paz, puesto que no nos exponen á ningún peligro ni pueden comprometernos si acaso les echasen el guante. Pero no quiero que continúen esas operaciones ambiguas y oscuras, ni esos robos mal hechos. En vísperas de un negocio tan importante como éste en que estoy comprometido, no debemos distraernos con ridículas raterías. Juguemos en grande y dejemos todo eso á los caballeros de industria de menor cuantía. Á cada cual lo suyo.

— Se obedecerá, príncipe, — dijo Rascol con sarcástica deferencia. — La afición por las grandes empresas es una buena cosa. Pero no hay que escupir sobre el pan que nos ha alimentado durante mucho tiempo. La asociación va á disolverse y es lástima. Tal vez lo sientas.

— Si lo siento, siempre habrá tiempo de volver á empezar. Pero yo no debo convertirme en salteador de caminos, cuando estoy en vísperas de darle el asalto al Banco de Francia.

— Tienes razón, hijo mío. Hablas como un libro.

— Después de eso, puede usted cerrarme el campo; ya tengo con qué vestirme.

— Y no es una operación baladí. Hay que cuidarse mucho la personita. Es un capital.

Rascol desapareció y Roger entró en su cuarto-tocador. Ya había cerrado la noche, una noche dulce, silenciosa, transparente y estrellada, cuando el marqués de Prédalgonde, vestido con traje de etiqueta, bajó la escalinata á la terminación de la cual estaba esperándole su victoria, enganchada á dos caballos bayos bien conocidos. El señor de San Vicente, grave y encorbatado, con su aire venerable y sus cabellos grises, se paseaba por el patio con el gabán al brazo. En nada recordaba el tipo patibulario de Rascol. Parecía un diplomático viejo.

— Hace una noche deliciosa, — dijo con acento elegíaco: — se oye la mar como si estuviésemos en la playa.

— Suba usted, querido tío, — interrumpió Roger; — vamos retrasados y nos lo echarán en cara.

Iban al Casino, en el cual había una representación á beneficio de los pobres patrocinada por las doce mujeres más notables de la alta sociedad mundana. Las banderas y las flores brillaban iluminadas por la luz y entre una multitud de trajes negros y de vestidos claros; y la caridad se practicaba bajo las apariencias del placer. Hombres y mujeres, reunidos so pretexto de hacer el bien, charlaban, refan, coqueteaban, cambiando entre sí murmuraciones, ironías y ternuras. Cuando Roger apareció, la presidenta

dijo mirando á su comité y con sonrisa victoriosa:

— Aquí tenemos á nuestro hermoso marqués.

Él caminaba repartiendo saludos con gracia exquisita, y el sufragio de todas aquellas mujeres que le consagraban rey de la moda con un murmullo acariciador de alabanzas, subía hasta él envolviéndole en una especie de gloria embriagadora. Era, y él así lo comprendía, el soberano incontestable de aquella reunión de elegantes, de holgazanes, de grandes señores, de aventureros conocidos, que, considerados aisladamente, podían ser criticados, pero que en bloque, confundidos en la suntuosidad del cuadro, ofrecían apariencias indiscutibles de buen tono y de intachable moralidad. Y si esto era así, ¿no merecía Prédalgonde ser aclamado rey, puesto que tan á maravilla sabía disimular con su belleza de macho, su agradable apariencia, su distinción impecable y su hidalga apostura, todas las faltas infames de su verdadera personalidad?

Allí había, codeándose con unas cuantas mujeres honestas y un puñado de hombres probos, madres de familia que acudían diariamente á sus citas, mientras sus hijas coqueteaban hasta cometer la penúltima indecencia con jóvenes que estaban muy lejos de pensar en casarse; banqueros respetables, aristocratizados por el rey en sus momentos de apuro y más condecorados que los generales heroicos ó los artistas geniales, y que empezaron siendo

unos pillos; hidalgos descendientes de las cruzadas, que vivían de sus trampas en el círculo ó que no pagaban sus deudas en la Bolsa; antiguas prostitutas casadas con imbéciles muy ricos y de buena familia, que olvidaban sus antiguas disipaciones ajustándose á una devoción rigorista y sincera; algunos periodistas reputados que defendían á la familia con una mano y practicaban el *chantage* con la otra; varios clérigos aficionados á las buenas comidas y que permitían cometer á sus penitentes los siete pecados capitales, mientras ellos permanecían sumidos en la beatitud de una feliz digestión. Y toda aquella amalgama de vicios, de debilidades, de vergüenzas bien lavadas, bien peinadas, bien vestidas y bien retocadas, fingía la ilusión de algo muy limpio, muy decente y muy correcto, de que era jefe reconocido y aclamado el marqués de Prédalgonde. Rey de París, en Trouville, en el Bosque, en los círculos, en los salones, sobre el *boulevard*. Rey del París adulterado, obscuro y siniestro, pero no del París laborioso, honrado, sano, que constituye el verdadero corazón y el verdadero cerebro de Francia. Rey del París de la orgía, de la estupidez, de la prodigalidad; no del París sabio, inteligente y económico. Rey del París que huye en las horas de peligro; no del París que combate, que sufre y que muere. Era rey del fango, de la espuma, de la niebla, de todo aquello que puede quitarse instantáneamente de París con

una esponja ó á escobazos, para no dejar más que el cielo azul, el aire dulce, la vegetación; todo lo que es puro, seductor y limpio, y constituye, en suma, el verdadero París.

El hermoso Prédalgonde, con el corazón lleno de rabia, comprendía que sólo era el Rey de cartón de un mundo artificial; y en los obsequios, en los saludos, en los cumplimientos con que era recibido adivinaba cuánto había de falso y de tristemente irónico en todo aquello. Penetró en la sala con aire altanero, y allí, en primera fila, apercibió á la duquesa, y lanzó sobre ella una mirada imperiosa. Ella sonrió, radiante de amor, pero él no cedió al llamamiento de su querida. Le hallaba en una de esas horas terribles en que el sentimiento de su infamia, comprobada por sí mismo, le invadía el corazón; y, como un río después de una creciente, tenía rencores cenagosos con los cuales zahería á la que amaba.

Volvióse hacia el público mirando á los espectadores, y en seguida apercibió á Devienne y á Hiénard. Saludóles con aire complaciente, pero los dos jóvenes apenas se dignaron contestarle; y se sintió humillado, cual si acabasen de arrancarle su cetro. Un grupo de jóvenes que le admiraban y cortejaban, le rodeó, dándole pretexto para alardear con toda seguridad de su hegemonía.

Allí no temía que nadie le emulase ni le contradijese; sólo había imitadores que copiaban su modo

de peinarse, de vestirse, de andar y hasta de perfumarse; y veía una serie de sub-Prédalgonde que danzaban á su alrededor, copiándole, remedándole y exagerándole con ardor lamentable, formando un cortejo de imbéciles que, exasperados por el deseo de presumir y careciendo de prestigio personal y de ingenio para inventar, se contentaban con plagiarle servilmente. Prédalgonde les despreciaba y no les ocultaba su desprecio.

En sus horas de mal humor, les asaeteaba con sus sarcasmos. Un día, les dijo: « Si se me antojase salir de paseo con un nabo en el ojal, todos ustedes llevarían, al día siguiente, una coliflor. » Ellos rieron, encontrando graciosa la ocurrencia, y él añadió: « ¡ Y eso demuestra únicamente, que ustedes son más estúpidos que yo ! » Algunos días sentía hacia ellos un odio tan intenso, que les hubiera incitado á cometer locuras criminales, si no hubiese recelado verse comprometido después. Hasta le horrorizaba la idea de vivir siempre entre ellos y, sin embargo, aquella era la existencia lujosa, brillante y vacía que él mismo había elegido, y que procuraba continuar aun á despecho del crimen.

Una mano se apoyó ligeramente sobre su espalda:

— Oye, — dijo el tío San-Vicente, — la duquesa edesa hablarte.

Él respondió con un gesto cansino que encantó á su estado mayor de gomosos :

— Ya voy.

Y no fué. La duquesa palidecía de disgusto bajo sus afeites. Pero él tenía la costumbre de tratar así á las mujeres: las hacía sufrir de impaciencia, de celos, de despecho, y luego las calmaba mostrándose encantador y carantoñero. Y estas alternativas de dolor y de placer las rendía, las amansaba, humillándolas y desbravándolas como á esclavas. San-Vicente, que se paseaba por el pasillo, sonriendo al ver la angustia de la señora de Diernstein, se atrevió á insistir :

— Ya sabes que te espera.

— ¡ Pues que espere! — gritó Roger furioso; — eso la distrae.

Y continuó hablando con sus amigos estupefactos. Él también sonreía, con la exquisita voluptuosidad de hacer sufrir, comprendiendo que en aquellos momentos otro soportaba las humillaciones que él acababa de recibir. ¡ Ah, granuja! tú apenas te dignas saludarme... ¡ pues bien!.... tu señora madre me lo pagará; y, en efecto, se lo pagaba. Prédalgonde escuchaba con aire distraído la conversación de los jóvenes que le rodeaban; no podía ser más á propósito :

— ¿ Ha visto usted, hoy por la mañana, al pequeño Morellin, con un sombrero de paja blanco y una cinta azul y roja? ¿ Pero ese muchacho está loco? ¿ En qué pensará? Ahora sólo se usa la paja de dos

colores : bistro y negro, ó bistro y blanco, y la cinta de terciopelo...

— Anda con Nina de Lun ¿sabe usted? eso es lo que le trae fuera de sí. Todos los amantes de Nina se vuelven estúpidos en un mes, y seis semanas después ya no saben vestirse.

— Pues para eso vayan ustedes á casa de Harvey, que usa los *jerseys* y los calzoncillos de color malva, que es la última palabra del buen gusto. Los calcetines negros, con florecitas, y las ligas gris-plata, con broches de perlas que forman un contrast precioso.

— ¿ Conseguiste, al fin, tu automóvil?

— Sí, le he dado á ganar cinco mil francos á Sché-lard, para que me cediese el suyo...

— ¿ Camina?

— No.

— ¡ Ah!

— Pero me es igual, lo tengo.

— Mas nadie te ve salir en él.

— Hago que lo saquen á la calle, delante de casa. Y el público se admira, creyendo que voy á montar.

— Roger lleva guantes esta noche. Será necesario que nosotros los llevemos también...

Prédalgonde no quiso oír más, y la nulidad de sus compañeros favoreció más á la duquesa que todas las excitaciones y todos los ruegos. Dirigióse hacia la puerta, abriéndose paso por entre la multitud, y

entró en el palco de la señora de Diernstein. Saludóla con un aire mesurado que hizo olvidar á la pobre mujer todos los reproches que pensaba dirigirle, y preocuparse únicamente de lo que podía inquietarle. Pero él estuvo impenetrable; la dejó cansarse, durante cinco minutos, en dirigirle preguntas, mientras él respondía sí ó no, sin añadir ninguna otra explicación. Al fin, viéndose muy apremiado, repuso :

— Tenga usted cuidado ; su hijo puede vernos.

Ella se golpeó la mano con su abanico y replicó con acento irritado :

— ¡ Oh ! ¿ En qué piensa usted ? ¿ Qué puede usted temer ? No se ocupe usted más que de mí...

— Me ocupo de usted ocultándome de su hijo.

— ¿ Quiere usted explicarme lo que puede decir viéndole á usted aquí?

— Eso se lo pregunto yo á usted.

Ella no respondió, pero una cólera violenta rugía bajo su aparente serenidad. Esas tempestades íntimas que atormentan á las mujeres culpables, pero sin dejarlas gritar, llorar y sublevarse, constituyen la venganza de la virtud. La señora de Diernstein permaneció silenciosa y acongojada. Roger la veía estremecer bajo la ligera gasa de su corpiño, aunque la firme blancura de sus espaldas y del pecho continuó inalterable, espléndida y soberbia, sin que la sangre colorease la epidermis satinada. La duquesa

se sentía herida bajo la fuerte armadura de su belleza, pero no quiso confesarlo y continuaba sonriente.

Roger, á pesar de su crueldad, no pudo menos de admirar aquel altivo continente. Sabía que todos le veían, y que estaba en la obligación, más que nadie, de imponerse por su actitud, y le pareció muy oportuna aquella gloriosa resistencia. Aquello le sedujo y conmovió, y el crispamiento de sus nervios cesó. Moviése ligeramente en la silla y su rodilla rozó el traje de la duquesa. En el mismo instante ella quedó vencida y arrastrada hacia él como por un imán soberano; y ya no le enseñó su hermosa nuca coronada de cabellos rubios, sino un perfil delicioso que avaloraba un cuello redondo y grueso unido milagrosamente á las espaldas y á la garganta. Era, realmente, una mujer admirable y encantadora, sin más alhajas que una sarta de perlas que prestaba un esplendor más dulce á la blancura nacarina de su piel tentadora. Elisa, murmuró:

— ¿Se acabó el enfado?

— ¿Quién le ha dicho á usted que yo estuviese enfadado?

Ella se echó á reír graciosamente.

— Lo he dicho, como pude decir otra cosa... De otro modo....

Fingió no ver en él más que al amigo:

— Está usted muy guapo, esta noche, Roger. Y se

ha puesto usted mis perlas; es usted muy amable. Le sientan perfectamente.

Prédalgonde lucía sobre la pechera de su camisa las tres perlas negras. La observación que le hizo la duquesa no le agradó y simuló no haberla oído. Ella quería alegrarle á toda costa y devolverle su amabilidad habitual:

— ¿Tenemos una brillante concurrencia, verdad? Todo Deauville está ahí.

— Con sus alrededores.

— ¿Le parece á usted que hay gentes de todas clases?

— Prescindiendo de las señoras de la comisión que están presentes porque no tienen otro remedio, todo lo demás es insoportable. Usted no se atrevería á pronunciar el nombre de ninguna de las mujeres que están en la sala; es el terrible personal de todas las representaciones benéficas. En cuanto á los hombres, haciendo caso omiso de los que han venido porque yo se lo he mandado ¿á quién tiene usted? Devienne que oirá *Lolotte* y una canción de Yvette Guilbert, y que en seguida se irá. ¿Y luego?... ¡Oh, es un verdadero martirio figurar en estos asuntos!...

— Es usted muy severo. La concurrencia es selecta, hay mucha gente conocida. En último resultado, todas las localidades están tomadas y eso es lo esencial. Mire, ahí viene la señora de Sauvelys con los

Davancourt; allá la joven Maréchal charla con mi hijo...

— Hermoso cuadro de familia. ¿Por qué su hijo no se casa con la Maréchal, que es muy rica?

La duquesa se mordió los labios y repuso con su habitual dignidad:

— Probablemente por eso, porque es muy rica.

Echóse á reír y añadió:

— Y quizá, tal vez, para agradarme, no haciéndome abuela...

Tenía aquellas salidas en que reaparecía su franco temperamento, bajo los mentirosos artificios de la coquetería, y aquello era lo que sujetaba á Roger, quien temía que cualquier mañana se levantase Elisa resuelta á ser vieja, confesase su edad, y cambiase de vida impidiéndole así resolver de una vez el inquieto porvenir de su existencia aventurera. Un gran percañe amoroso podía ser el principio de aquella conversión; y por eso, mientras la hacía sufrir para reavivar su ternura, procuraba tranquilizarla. Prédalgonde dejó pasar un momento y luego dijo cual si hubiese tenido que meditar la respuesta:

— Si fuese usted abuela, ¿dejaría por ello de ser menos hermosa y menos amada?

Ella envolvió á Roger en una dulce mirada y dijo:

— Yo no sé lo que usted haría, si yo fuese abuela, pero lo que sé es que está usted de muy mal humor desde que mi hijo ha venido.

— Si lo ha conocido usted es porque soy un tonto. Usted era la última persona que debía de haberlo notado.

Ella exclamó con aire triunfal:

— ¡Ah!... ¿Luego era cierto?

— ¿Y cómo no? Todo mi porvenir está deshecho, usted no se pertenece. La veo á usted en público y aún estamos obligados á ocultarnos. ¿Puede soportarse esto? Póngase usted en mi lugar.

— ¡Pues bien, amigo! Juan se irá pronto, esté usted tranquilo.

No dijo más. La representación comenzaba, y en la sala, mientras los artistas trabajaban, los espectadores charlaban entre sí de sus negocios y de sus placeres, sin preocuparse de lo que en el escenario ocurría. Roger, sentado detrás de la duquesa, escuchaba distraídamente el diálogo, dejando mecer su pensamiento por la cadencia de las frases; y meditaba: mi vida es como la de esos comiquillos, una comedia perpetua. Jamás digo sinceramente lo que pienso, todos mis gestos son falsos. ¿Hay una condición más abyecta que la mía? Y, sin embargo, ¿qué sería de mí si no me hubiese resignado á ser un mal histrión? ¿Para qué sirvo yo si no es para engañar y para mentir? Y únicamente para ser elegante, rico y envidiado, es por lo que acepto esta condición tan miserable. ¿No era mejor ser como el obrero que sufre todo el día en su trabajo, y que por la noche

vuelve á su hogar cansado pero libre? Si me he dejado deslizar sobre la pendiente de mis compromisos, es porque no he tenido energía para sostenerme valerosamente. Cada cual se labra su destino, y son vanos los lamentos de los que se quejan contra las injusticias de la suerte. Todo hombre tiene en su vida, una vez por lo menos, la ocasión de triunfar: si no se aprovecha de ella es porque carece de inteligencia para comprenderla ó de energía para ejecutarla. Pero siempre tuvo el medio de modificar su condición; allí estaba todo. Ahora mismo, si yo quisiese, podría separarme de mis malos compañeros y buscar otro porvenir. ¿Pero, cuál? ¿Cómo iba á acomodarme á la medianía después de haber vivido en el lujo, y á la monotonía de los días iguales, después de conocer las múltiples sensaciones del dinero? ¿Y no me acomodo, también, casándome con una mujer fabulosamente rica? He ahí la ocasión que á todos los hombres se les presenta una vez en la vida. Es preciso triunfar, sin cansancios ni desmayos, y llegar á ser amo de esa fortuna enorme. ¿Es necesario seguir fingiendo? ¡Sea! si luego he de cobrarme en monedas de buena ley. El resultado definitivo me compensará del trabajo de la brega.

De este modo, presa de un hastío profundo, había llegado al fin de su ensueño y mediante un rodeo, á una conclusión halagüeña. En aquel momento se sentía más decidido que nunca á jugarse el todo por realizar su matrimonio con la duquesa... Mientras

aquella que debía desempeñar un papel tan importante en esta aventura, inconsciente de las cavilaciones que atormentaban á Roger y entregada al placer del momento, sonreía á sus amigos, preocupada únicamente en agradar, sin presumir el peligro á que quería arrojarla el bandido encantador que estaba sentado tras ella.

La orquesta acompañaba el estribillo de la canción de Yvette Guilbert. La diva, pálida y vestida de negro se inclinó saludando al público y salió del escenario moviendo sus largos brazos. Hubo aclamaciones y aplausos y la cantarina reapareció; inclinóse saludando y sonriendo irónicamente con sus finos labios; luego, se retiró braceando mucho. En el público se produjo un gran movimiento; estaban en el entreacto.

En el salón de descanso la comisión organizadora había preparado un *buffet*, y todos los que dispusieron la representación acudían á felicitar á los artistas y á congratularse á sí propios. La princesa de Ausburgo, antigua embajadora de Austria, charlaba cerca de la presidenta, condesa de Torre-Alegre, y junto á ella las baronesas de Préfond, de Therminde, de Merseville, la vizcondesa de Pauffier de Mélat y la marquesa de Graillis: todo un estado mayor de viejas muy peripuestas que bebían sendos vasos de champagne con aire compungido, y levantando la cabeza como caballos fatigados.

La llegada de la duquesa del brazo de Prédalgonde,

produjo un movimiento en la aristocrática asamblea; los hombres, atraídos por la señora de Diernstein, y las mujeres, emocionadas por el hermoso Roger. Ambos entraron triunfantes en el círculo oficial, cuyo centro conquistaron y ocuparon en seguida, eclipsando á cuantos habían estado pavoneándose hasta entonces. Y lo cierto es que la gentil apostura del arrogante Prédalgonde, con su cuerpo esbelto y su fisonomía soberbia, se avaloraba en medio de aquellos hombres insignificantes y desmirriados, desdentados y calvos. Roger sonreía mostrando sus blancos dientes, y con su mano enguantada se empingorotaba las guías de su largo bigote rubio: era el macho magnífico y raro que atrae á las mujeres. Todo aquello lo comprendía la duquesa claramente, con un sentimiento híbrido de orgullo y de inquietud: todas, viejas y jóvenes, deseaban á su Roger, mientras que todos los hombres le envidiaban. Y aquel deseo, aquella envidia, constituían precisamente la superioridad del hermoso muchacho. En cuanto aparecía eclipsaba á los más admirados, y los príncipes de la elegancia debían inclinarse ante él. Esto es lo que le erigía Rey.

Hablando estaba, lleno de gracia y de alegría, con la princesa de Ausburgo, cuando Devienne y Hiénard entraron en el salón reservado. Una sombra pasó por la frente de la señora Diernstein. Instintivamente se acercó á su amante: pero no tuvo necesidad de

defenderle; porque ni Hiénard ni Devienne parecieron apercibirse de la presencia de Roger. Saludaron á las señoras y á sus conocidos, y luego se fueron á un rincón, con la señora de Sauvelys y la pequeña Maréchal. Devienne se había constituido en escanciador de las dos mujeres, y oficiaba de intermediario entre ellas y el *buffet*. Hiénard, sentado, escuchaba cómo la hija del senador destrozaba animosa á casi todos los circunstantes:

— Fíjese usted en la tristeza de ese excelente Durantin. Da pena. Hace dos años que compró en Roma un título de conde, y ahora resulta que la chancillería no quiere registrar más títulos y que el pobrecito Durantin tiene en su despacho un pergamino que apenas sirve para su ayuda de cámara. En el anuario del círculo le llaman Durantin, á secas, y aunque usa coronas en el forro de su sombrero y en el puño de sus bastones y en las portezuelas de su coche, no consigue que nadie, ni aún los espoliques, le llamen, « señor conde ». La vida de ese honrado muchacho está envenenada. ¿Conocen ustedes algún medio de regularizar la nobleza de Durantin? Haríamos una verdadera obra de caridad.

— ¡Tiene usted un modo tan original de ser caritativa! — dijo Hiénard riendo.

— ¡Yo... yo soy buena!... Miren ustedes, allí tienen á nuestra querida señora de Trémier, manoteando delante de ese imbécil de Ravary. Hace un año que

le persigue deseando atraparle con su fortuna, para una de sus hijas. Pero el socarrón se defiende enérgicamente: ¡ya sabe lo que la Trémier le ha costado, y no quiere hacer el triste papel de mantener á una suegra!

— Por lo menos, todo se quedaría en la familia, — dijo Devienne.

— Y allá, en el fondo, ¿quién es el que desea escapar para venirse con nosotros? Es mi digno padre, el mismísimo senador Maréchal, archi-sujeto por la princesa de Ausburgo, que abusa del prestigio que tienen sus viejos encantos sobre un comerciante republicano, para mortificarle en beneficio de sus numerosos protegidos. No conoce la fuerza de resistencia de mi señor padre. Austria perdería á Hungría y recíprocamente, antes que obligarle á hacer lo que no quiere. ¡Rema, rema, muy buena princesa, que aún no has llegado al puerto!

— ¿Quién se libraré de usted esta noche?—preguntó la señora de Sauvelys á su amiga.

La señorita Maréchal lanzó una carcajada aguda.

— ¿Y para qué vamos á ser indulgentes? ¿Cree usted que esa gente lo es con nosotros? ¡Si usted les oyese hablar en estos momentos! Nos pagan en la misma moneda. Es un cambio de ferocidades. Tal es la costumbre del mundo. Veán ustedes al gentil Prédalgonde que hace la rueda como un hermoso pavo. ¿Y ése, es bueno? Es capaz de caminar sobre la

humanidad por llegar á su objeto. ¿Y qué objeto es ese?

Tuvo una nueva carcajada que arreboló las mejillas de la señora Sauvelys. Pero la joven, indiferente á las miradas suplicantes que su amiga le dirigía, continuó su sátira cruel, sin prever las consecuencias, excitándose, arrastrándose á sí misma por la vivacidad de los conceptos:

— ¿De dónde viene ese brillante marqués con su elegancia y sus alhajas magníficas? No tiene el recurso de decir que viene de América; ni siquiera es americano. Y esta noche tiene sobre su persona tres perlas que hacen palidecer de deseo á la excelente condesa de Torre-Alegre....

Hiénard levantó los ojos instintivamente hacia Roger, examinóle atentamente y en la pechera de su camisa vió las tres perlas negras que su madre había comprado aquella misma mañana. Él también palideció, pero fué de cólera. Levantóse bruscamente, cual si fuera á lanzarse sobre Prédalgonde, y su movimiento fué tan hostil que la señora de Sauvelys levantó la mano para contenerle. Mas él ya había logrado reprimirse. Aquel descubrimiento que acababa de hacer no le enseñaba nada nuevo acerca de lo que hasta allí sospechó de las relaciones entre la duquesa y el bizarro aventurero; únicamente le explicaba mejor la clase de aquellas relaciones, incitándole á desear que la señorita Maréchal completase su pensamiento.

— ¡Adelante, señorita! — dijo: — hace un momento hablaba usted del fin hacia el cual marchaba el señor Prédalgonde. ¿Conoce usted cuál es?

La pequeña Maréchal miró á Hienard con ojos llenos de malicia, y en sus labios se dibujó una sonrisa fugitiva y dolorosa que parecía ser el exordio de la peligrosa explicación que el escultor solicitaba. Pero la sonrisa desapareció, los ojos se bajaron, y la hija del senador repuso con aire displicente:

— Usted, querido señor, es muy curioso.

Hiénard se inclinó hacia la señora de Sauvelys y dijo á media voz:

— Usted, no obstante, me hizo creer que hablaría.

La baronesa volvió su bonito semblante y repuso en el mismo tono:

— Ella hace bien en callarse; y usted hace mal en preguntarla.

— Será preciso, sin embargo, que alguien me responda.

— Nadie tendrá el antojo de cometer una tontería.

El entreacto terminaba. Las señoras de la comisión se dirigieron hacia la puerta, y como ni Hiénard ni Devienne se habían movido, pudieron oír que la señora de Diernstein le decía á Prédalgonde:

— ¿Se va usted?

Roger hizo un gesto de fastidio y repuso, inclinándose:

— Aquí se ahoga uno... Dispénsame usted, duquesa....

Y, acompañado por sus amigos, se dirigió hacia el corredor.

— Bastante más calor hará adonde va ahora, — dijo Devienne.

— ¿Y dónde va? — preguntó Hiénard.

La señorita Maréchal se apresuró en responder:

— Al juego, como todas las noches. Si tiene usted deseos de conocer completamente á ese personaje, vaya usted á la mesa del bacarrat. Mañana me comunicará usted sus impresiones, y, si es usted amable y bueno, yo le confesaré las mías.

Y volvió á reír con aquella risa aguda, desagradable. Después trabó del brazo á la señora Sauvelys y ambas entraron en la sala.

— ¿Nosotros dónde vamos? — dijo Devienne.

— Fuera.

Recogieron sus gabanes y salieron. La noche era tibia y deliciosa. Cuando llegaron á la playa, una neblina de calor, lechosa y pálida, se extendía sobre las olas iluminadas por la luna. El paseo estaba desierto. Únicamente del lado del Casino, en la claridad de los faroles, se veían las sombras borrosas de algunos paseantes. Hiénard y Devienne estaban allí solos, sosegados por el abismo del espacio abierto ante ellos, poseídos de la infinitesimal pequeñez humana ante la inmensidad eterna; y estando

así, con los ojos atraídos por las estrellas que titilaban inmóviles en el cielo, los oídos llenos por el murmullo incesante de las olas rimando la marcha del tiempo, y los labios refrescados por la brisa que venía, tal vez, de los confines del mundo, sintieron descender sobre ellos una tranquilidad inesperada. Se juzgaron pequeñísimos, débiles, verdaderos átomos microscópicos de la masa gigantesca y armónica de las cosas, y no hablaron, pareciéndoles que sus palabras eran incapaces de traducir su pensamiento, en aquel instante en que se hallaban agobiados por aquella magnificencia soberana. El recogimiento se imponía á los dos. Después Devienne sacó un cigarrillo, lo encendió y dijo :

— Hay pintores que procuran reproducir esta sombra clara, esta obscuridad luminosa, y esa poesía fascinadora de la luna rielando sobre el mar. Mira ; ¿ es posible eso ? El mismo Van der Meer, no lo ha conseguido. La pintura es un arte muy pobre y nos descorazonamos.

Hiénard repuso :

— ¡ Todo descorazona !

Y continuó andando silencioso.

Devienne dió algunos pasos, y dijo deteniéndose :

— ¿ Estás preocupado ?

— Sí.

— ¿ Te puedo ayudar de algún modo ?

— No. Ahora sé lo que me ocultaste..

— ¿ Qué vas á hacer ?

— ¿ Qué quieres que haga ?

Devienne no contestó y siguió andando y lanzando periódicamente sus bocanadas de humo.

— Es innegable que tu situación es muy difícil. Si te quedas aquí, parece consentir ; si te vas, pueden creer que huyes ante las responsabilidades. Si intervienes te conduces, á los ojos de tu madre, como un hijo irrespetuoso.... Y si no tomas cartas en el asunto, dejas realizar unos proyectos que tienden, por lo menos, á darte por padrastro á un muchacho de tu edad....

Hiénard se detuvo bruscamente.

— ¡ Eso es lo que temías por mí ! Ahora acabas, por fin, de confesarlo. ¿ Lo que preveías era esa suprema locura del matrimonio de mi madre con ese hombre ? ¿ Pero qué te induce á creer que sea eso lo que hay que temer ? ¿ Por qué un matrimonio ? ¿ Crees á mi madre obligada á cambiar su título de duquesa por el de marquesa ? La juzgas tan poco razonable como para no comprender que, una vez casada, ya no puede esperar nada de su marido ? Si él se casa con ella, es indudablemente por su dinero. Hace, por tanto, un negocio. ¿ Y entonces, qué puede esperar ella de un hombre tan miserable, que se casa á los treinta años con una mujer de cuarenta y seis ? No quiero creer que su locura y su ceguedad hayan llegado hasta ese punto.

— No te preocupes de ella, ocúpate solamente del otro, que es el que maniobra. Tu madre es juguete de ese aventurero que me parece muy peligroso. ¿Pensas que la duquesa sabe lo que va á hacer? Él es quien lo sabe, lo prepara y lo combina. ¿Tú no te has fijado en ese guapo rubio? ¿No has estudiado las líneas de su semblante?

— No, me he apartado de él con disgusto y cólera.

— ¡Mal hecho! Hubieras adivinado en la curva de su frente la astucia y la prudencia. Tiene el cráneo achatado del tigre. Su mandíbula sólida y un poco cuadrada, acusa resolución y energía. La boca, fina y pequeña, carece en absoluto de sensualidad. La nariz, levantada y muy unida á la frente, es la de un vanidoso. Los ojos, un poco separados, son un indicio de reflexión. El conjunto es hermoso, pero frío. Evidentemente es un hombre ambicioso, pero no apasionado, y que no reculará ante ningún obstáculo con tal de vencer. Eso es lo que se lee en su rostro, y su conducta confirma punto por punto esta impresión.

— Ya la señora de Sauvelys me ha dicho que era muy peligroso.

— ¿Le conoce ella lo suficiente para juzgarle?

— Creo que le conoce mejor de lo que dice.

— ¿No piensas que esa mujer se preste á informarte?

— Hasta ahora, no. Si la situación se agrava y yo

corriese algún peligro, tal vez se decidiese. Su cariño hacía mí, es grande. Pero si ha querido á Prédalgonde, ¿cómo va á decidirse á traicionarle?

Devienne volvió á quedar silencioso, abismándose en sus pensamientos mientras caminaba. Luego dijo:

— Después de todo, ¿quién te obliga á intervenir? ¿Eres Don Quijote? Máchate á tu casa y deja que tu madre obre á su antojo. Ya hace algunos años que te separaste de su lado; no lleváis el mismo nombre; ella es Diernstein, tú eres Hiénard. Tú no debes abrigar hacia ella mucho cariño después de lo que te ha hecho sufrir. ¿Estás en situación de impedirle con razonamientos que cometa su locura? No. ¿Puedes oponerte por la fuerza? Tampoco. No te queda más que un recurso: ir á ver al individuo y decirle: «Le prohibo á usted que se case con mi madre».... Y el ridículo caería sobre ti. Una mujer de cuarenta y seis años no es una colegiala á quien se le enseña su deber ó que se tiene bajo tutela. No te queda, por tanto, ningún medio de oponerte á lo que se prepara. Abstente, pues, y disponte á dejar que los acontecimientos prosigan su curso. Si las cosas caen bien, tanto mejor, te alegrarás; si caen mal, ¡diantre! siempre hay tiempo de luchar.

— Lo que acabas de aconsejarme es lo más sencillo y lo más cómodo. Pero, ¿será también lo más digno?

— No te preocupes solamente de la dignidad. Si oficias de Bartolo para con tu madre, se van á reir de ti; y si te eriges en tirano de drama, ¡ serás odioso! Tu madre tiene el derecho de atormentarte, mientras que tú no tienes el derecho de atormentar á tu madre. Fíjate, primeramente, en todas las habladurías que van á rodar por el arroyo; ¡ qué hallazgo para ese mundo murmurador que no tiene de qué ocuparse! ¡ Y los diarios! ¡ Ay, amigo mío! Ya me parece ver los epígrafes con letras gordas: « ¡ Un escándalo muy parisino! » — « ¡ Un hijo desnaturalizado! » — « ¡ Una madre martirizada por su hijo!... » ¡ Y el *chantage*, y la injuria y el deshonor!... Ten cuidado, Hiénard; tú no sabes lo que arriesgas...

— Lo sé muy bien; y si estuviese seguro de detener á mi madre en la pendiente en que está colocada, no dudaría ni un momento, aun á trueque de arrostrar todos esos tormentos y esos escándalos que me profetizas... Pero, ¿ venceré? Ya he sido derrotado. Me fué preciso replegarme delante del enemigo y dejarle al vencedor el campo libre. Antes de tomar ninguna resolución necesito ver á mi madre, hablar con ella. Después sabré lo que tengo que decidir. Y, sea lo que fuere, no vacilaré.

— Entonces, vamos á acostarnos.

Los dos amigos se dieron la mano y regresaron á Trouville, caminando en medio del silencio de la noche dulce y clara, y bajo el silencio del cielo estrellado.

VII

Á eso de las once estaba paseándose Hiénard por la azotea de la Villa, caminando lentamente y aspirando el intenso perfume de los rosales, cuando la duquesa abrió la puerta-ventana de un saloncito y apareció vestida de blanco, como una niña; fresca, tranquila, radiante, llamando á su hijo con su voz clara:

— ¡ Juan, Juan, puedes venir!...

Tenía entre sus dedos una brizna de heliotropo que acababa de coger en una jardinera, y que respiraba voluptuosamente entre sus labios entreabiertos, con aire de placer. Juan la miraba desde lejos, conforme iba acercándose á ella y sin perder ningún detalle de aquella gracia y de aquella belleza que la hacían tan seductora; viéndola tal como la naturaleza la había conservado, cual si hubiese empleado con ella un cuidado especial, haciéndola para el amor, puesto que todavía era capaz de inspirarlo. En todo esto pensaba mientras avanzaba, comprendiendo que aquella extraordinaria vitalidad y aquella plenitud de encantos justificaban, en cierto modo,